

GENEALOGIA.

En nuestra lejana época universitaria conocimos a un grupo de muchachas con quienes hicimos buenas migas. Teatro, conciertos, cine, paseos, fiestas, todo lo compartimos en una agradable y sana camaradería.

Una era flaca, flaquísima. Por tal razón le tomábamos el pelo, quizás exageradamente. Pero ella lo consentía de buen talante contraatacando con acertadas e incisivas pullas.

- Eres tan flaca que no te pones la ropa, te la cuelgas.
- Te llamaremos Faber, no por tu parecido al lápiz, sino por las sombras.
- El dedo gordo de tu pie está a dieta.

Eran algunas de nuestras numerosas ocurrencias.

Lo que sí le molestó fue cuando la apodamos Cementerio porque era puro hueso. Alguien, apocopando el mote, lo redujo a Cemen. Allí explotó la flaca. Se la tranquilizó diciéndole que era con c y no con ese; pero otro, torpemente, refutó indicando que sólo era un error mecanográfico. Posteriormente, y por cariño, lo derivamos a Cementita y después, por pereza, a Tita.

Desde ese entonces muchísimos almanaques, deshojándose, han acrecentado mis recuerdos. Hoy, nuestra bisnieta, una alucinante combinación de autoritarismo y encantamiento -que envidiarían los dictadorzuelos de turno-, con sus apabullantes dieciocho meses balbucea un Mamatita que tiene sabor a miel.